

Josep Pla. Viaje en autobús. 1942

Misterios fisiocráticos

Esta mañana, al ir a tomar el autobús, me he encontrado en la estación con una considerable aglomeración de gente. Un número desusado de sacos, cestos, bultos, jaulas, canastas y envoltorios formaba como un rueda alrededor del monstruoso vehículo. Desde el punto de vista de la extensión, del volumen — y éste, según Cartesio, constituye un arranque bastante objetivo en el examen de las cosas — me pareció que más montaban los bultos que los hombres y mujeres a quienes pertenecían y que la solución del problema de desalojar el aire del coche y sustituirlo por extensiones concretas sensibles sería muy doloroso. Y así fue, en efecto.

Llenamos el entresuelo de la máquina comprimiendo carnes y huesos, lo que produjo a su vez la compresión de la volatería y de las aves de corral que viajaban en el vehículo. El hombre, cuando se siente comprimido por el mundo que le circunda, grita. En cambio, las aves de corral, permanecen quietas y mudas. Lo que en todo caso no hacen nunca es suspender sus eyaculaciones — estas eyaculaciones tan típicas de los autobuses en días de mercado y que tantas veces me han llevado a meditar sobre las impurezas de la realidad. Con esto montaron al techo, con alegre facilidad, una partida de bigardos arrastrando mucha impedimenta. Llegará un momento que si en la puerta del entresuelo de los coches no se pone un escrito diciendo: “Reservado el acceso a mujeres, niños, curas, militares y personas de una cierta cultura”, no se podrá viajar por estos mundos en tales vehículos. De tarde en tarde, sonaban sobre nuestras cabezas unos zapatazos imponentes que hacían gemir las costillas del monstruo y daban una perfecta idea de la fragilidad de los techos humanos. Cosa del otro mundo pensar en la posibilidad de que uno de los superhombres del piso de arriba le pudiese caer a uno en la cabeza con el equipaje completo. Bueno.

Se sentó a mi lado un señor de media edad, de cara redonda y piel sonrosada, tirando a rubio, con unos ojillos de éstos que las mujeres, con su sagacidad habitual, llaman pícaros. Un propietario rural — pensé — como hay tantos.

—Esta gente — le digo a mi compañero de asiento — irá sin duda al mercado, porque no se comprendería de otra manera tanta aglomeración y tanto ajeteo.

—¡Ca, hombre! — me respondió rápido —. Estas gentes son estraperlistas

—¿Pero cómo? ¿No hemos de suponer que si lo fueran hubieran dado ya en la cárcel con sus huesos? ¿Usted cree que estos ciudadanos son lo que se llaman específicamente estraperlistas?

—¡Lo creo, lo digo, lo afirmo, lo proclamo y lo ratifico! — contestó con una cierta pompa el rústico de color de rosa.

—En este caso — me permití replicar — ha de entenderse sin duda que estos hombres y estas mujeres son en cierto modo adláteres de Daniel Strauss, aquel judío holandés-mejicano que quiso montar hace unos años, en algunas poblaciones españolas y con la colaboración de algunos repúblicos, un juego de ruleta con trampa llamado el estraperlo...

El propietario me miró como si yo descendiera directamente de la luna y subrayó la mirada con un gesto cuyo significado completo no pude discernir con la claridad suficiente para trasladarlo al papel. Lo que menos pensé aquel señor de mí es que era un idiota. El autobús con esto echó a andar, se produjo el ruido mecánico y ello favoreció la marcha de la conversación. El ruido ha contribuido siempre a fomentar los contactos humanos.

—Sin duda — le digo — está usted ligeramente ofuscado por su misma claridad y su innegable sentido afirmativo. He oído hablar un poco de los estraperlistas y hasta, aquí donde usted me ve, he conocido algunos de vista. Todos me parecieron hombres relucientes, deslumbradores. Si fumaban, fumaban cigarrillos habanos; si bebían, se dedicaban decididamente a los néctares de las Islas Británicas, tan remotos; sus respectivas esposas llevaban medias de seda sutil o cristal. ¿Cómo pueden ser estos hombres y estas mujeres estraperlistas siendo tan modestos, pobres y de pauperados? ¿O es que el estraperlo no da ya dinero?

—Pues mire usted — me dice el compañero —. Aquella muchacha que ve usted allí tiene cuatro kilos, al menos, de harina en las nalgas, y aquella mujer gorda de más allá presenta una gran cantidad de salchichas en los vacíos de su cuerpo...

—¡Pero hombre, por Dios! Usted conoce los misterios del cuerpo humano... Estoy por decirle que es usted un Fidiás.

—¡Si fuera posible ver lo que trae esta gente dentro y fuera de su cuerpo! — dice el propietario con la mezcla del ardor que produce un conocimiento sólido y la desgana que se siente al pisar un terreno perfectamente conocido.

—Sin embargo, le diré que estos pobres seres cubiertos de sustancias alimenticias me hacen pensar — perdone — en Turgot y los fisiócratas. Los fisiócratas decían: los elementos que se dedican a acercar las cosas del productor al consumidor merecen nuestro aplauso y hay que darles una medalla. Los fisiócratas prometían medallas con el diploma correspondiente. Y les daban una medalla. Luego, los liberales manchesterianos dijeron: *laissez faire, laissez passer...* Es decir: ¡que pasen!

—Ahora, es todo al revés. Dentro de muy poco, sin duda, aparecerá un control. La consigna del momento es: ¡no pasarán...!

—¡Qué frágiles, mi querido señor — digo —, son las teorías! En pocos decenios todo ha dado la vuelta. Pero en fin, por lo que voy viendo, viajamos en un autobús bastante fisiocrático. Sin duda es éste uno de los últimos vehículos fisiocráticos que circulan por el ámbito europeo...

—Mejor sería decir, me parece — me ataja mi interlocutor —, que éste es el autobús de los misterios.

—Como usted guste, desde luego. Ese es el autobús de los misterios.

Desde todos los puntos de vista el estraperlo es repugnante: lo es el que vende, el que compra y el intermediario o intermediarios que intervienen. Pero hay un aspecto de la cuestión verdaderamente siniestro: el estraperlo en cuanto fomenta la tendencia humana a la crueldad.

Aquí donde llevamos la envidia filtrada en la sangre, las reacciones de crueldad mental son frecuentes. A menudo cometemos los actos más inconfesables por pura vanidad, para jorobar simplemente al amigo. En este sentido el estraperlo ha sido un cultivo favorable a todos los fermentos de insociabilidad y de insolidaridad, a los instintos perversos e inmorales en su forma más abyecta: que es la crueldad. En el ámbito de nuestras amistades, han aparecido nuevas fieras. Algunas zonas de la conciencia individual se han corrompido. Y esto es grave porque se puede recobrar todo o casi todo en la vida menos los impulsos de bondad. Estas zonas infectadas podrán quedar con el tiempo relegadas a la inmovilidad, pero llegará otro momento favorable y reaparecerán con toda su fría e implacable maldad. Muchos se han enriquecido caprichosamente, sin esfuerzo alguno. Es igual. Por las mismas absurdas razones por las que se han hecho ricos, caerán. Muchos se han vuelto malos y éstos — y aquí está el drama — permanecerán.